

# Álamos, lirios, cipreses

Alberto Garrandés

UNO NUNCA DEBE DAR CRÉDITO A LAS PALABRAS DE UNA MUJER ARTIFICIOSA. Pero aquella noche en El Antro, bajo el velo de sus alcoholes de siempre, ella, La Morocha, dijo que iba a contar por fin la verdad sobre el Brigadier y la puta. Me acuerdo bien de la vela —una luz discreta, algo cenicienta— que iluminaba su matraz de bruja y los peroles.

—Acérquense, bichos. Oigan esto —exigió contenta, dueña de alguna pretensión.

Los ecos de la voz eran profundos y sus manos lo acompañaban en un revoloteo indecoroso.

—¿Es cierto que te quitaron al Brigadier, Morocha? Que no se diga... —insinuó uno.

La muchacha de la bandeja pasaba entonces una ronda de vasos plásticos con alcohol y extracto de cola: siempre lo mismo. Y nosotros allí, en aquel garaje, un escondite a salvo de palos y soplonés. (Nuestra cueva, El Antro.) A salvo del mundo, de la vida.

—Seducida y abandonada —comentó alguien en tinieblas, desde la última fila.

Risas hubo. La Morocha, espectacular, nos miraba desde un semblante neutro, aguardando. ¿Por qué fingiría así? (Ese fingir que no sabía...)

—Cuando sepan qué pasó, no tendrán ya ganas de reír —resopló amenazadora, pero con una suavidad lenta y cordial—. ¿Quién de ustedes cree conocer de verdad al Brigadier?

Después de la pregunta (mil veces oída, como la historia misma) se instaló entre nosotros un silencio vago. Al Brigadier lo conocíamos bastante, de las citas por las noches en El Antro. Hablaba poco. No sabíamos nunca qué pensaba el Briga.

—Yo lo conozco, Morocha —me atreví a decir.

¿Acaso no era Sibila, mi novia, vecina de los padres del Brigadier? Secretos me confiaba: las muchas visitas a Europa, el palacete de ocho habitaciones, el cuarto de música, la piscina acorazonada, el hombre del carro de víveres...

Yo sabía ésas y otras cosas de La Habana, de la ciudad gárrula y adversa, porque me era fácil poseer a Sibila delante de los demás. A ella le gustaba así, después de alucinar. Y se le soltaba la lengua.

La Morocha quedó mirándome. Tenía la boca entreabierta, como una cobra lírica. Los alisos de la cueva se movían, imaginarios, al compás de su

respiración. Ella estaba enterada de mi correspondiente fingimiento, conocía este relato en el que finjo no saber.

—Lo sé —suspiró desde un prolongado parpadeo.

Y empezó a contarnos por enésima vez (porque en contar aquello le iba el tiempo de la vida) su lío con el Brigadier y la puta. Antes, sin embargo, me miró sostenidamente; puedo jurar que aún me odiaba por lo que había sucedido, y que ese odio iba a crecer todavía más.

*Ustedes mismos, bichos, lo vieron llegar aquel día a nuestro cónclave; venía pobretón, un roto aquí y otro allá, con peste, incluso, de náufrago. Sonreía poco, guardaba la sonrisa para cuando la música le gustaba. La camisa era de un azul palidito, con costuras y parches. ¿Se acuerdan? Yo misma me ofrecí a lavársela. Me contó una historia extraña, de un lugar al que ansiaba regresar; se miraba los zapatos manchados de gris, con la piel raspada, sin tinta ya. Me contó, bichos, una historia extrañísima; decía que al cepillarse los dientes expulsaba unas cositas negras, pedacitos de algo desconocido, qué sé yo. «¿Empastes, Brigadier?», le pregunté. No, lo de Brigadier fue después; le dije: «¿empastes, Ulises?» (A que no recordaban cómo se llamaba él, bichos. No se olviden: Ulises, su nombre es Ulises.) Y me dijo que no, que nada de empastes, no se le iban a caer los empastes por cepillarse los dientes un par de veces al día. Pero sí, eran trocitos de mineral, y recogió dos o tres que de milagro no se escaparon por el lavabo, y los puso debajo de su lupa, antes de hacerme el relato de sus accidentados viajes por el mundo.*

La Morocha se detuvo y levantó los ojos brillosos. El aire soplaba afuera en un lamento de páramo. A perejil olía. A ofrendas.

—Escuchen al viento de la tarde —propuso.

(Pero qué viento escuchar sin estos oídos, ni qué tarde ver sin estos ojos.)

La muchacha de la bandeja comenzó a repartir otra ronda de vasos. Alguien dio volumen a la música —Robert Plant, *old fashion mood*— y La Enfermera anunció, entre loquísimos gritos, que no traería más alcohol porque las cosas ya no le iban bien en la clínica de donde lo sustraía. Estábamos un poco tocados, en aceleración.

*Verdad era que el Briga se portaba raro. ¡Coger la lupa y mirar! Y después decir que los trocitos parecían naves interplanetarias, naves que habitaban en su cuerpo como microbios perdidos en los negros cendales del Cocito. «Deja eso, Briga», le dije asustada. «Quiero ser como ustedes», llegó a decirme. «No hay problema», le contesté. «No resisto más mi casa», comentó. «Me gustas muchísimo, Briga», le solté. Ustedes saben cuánto luché por ese hombre, bichos. Lo que me costó vencer su astucia, su desconfianza por este cuerpo del que soy cautiva. Lo que me costó que se metiera dos o tres veces entre mis muslos, antes de escapar a los brazos (tan blancos) de la otra.*

Después de pasar su primera noche en el garaje, el Brigadier, que entonces no era todavía el Brigadier, y mucho menos el Briga, cumplió la prueba tonta del ingreso en El Antro. Yo sé que hemos estado siempre aquí, y sé también que de aquí no nos moveremos, y sé, incluso, que de alguna manera somos inmortales, o que, como nos dijo La Morocha un día —y le creímos, lamentablemente—: *ustedes nunca morirán porque jamás han vivido*. Entonces me dije: para qué más pruebas, si el mismo hecho de su presencia basta. Pero,

con gran solemnidad, La Morocha lo hizo desnudarse y dar una vuelta de rigor, en eclipse. La vuelta necesaria. Yo le vi los ojos a ella. Los tenía húmedos por la emoción, el maquillaje corrido. Y fijos, muy fijos sobre la pelvis del Brigadier, encima de su espléndido ardor.

*Ustedes recuerdan la rueda, el círculo, ¿eh, bichos? Seguro, no lo podrán olvidar, quién podría; la Sibila alucinó con su muerteo y este papote traidor nos regaló un espectáculo de príncipes. Yo no sé de dónde sacó ese hombre la forma de su boca. Tenía boca de dios joven. Estuve a punto de preguntarle. Le iba a decir: «oye, ¿por qué no me consagras tu boca?» Pero no me atreví. Yo estaba demasiado lúcida mirándolo, demasiado atenta a él, y francamente, bichos, no me importaba el retorcimiento de la Sibila, cogida por este felón como una perra. Pero él sí los contemplaba curioso. Entonces, bichos, fue cuando me hice de la linterna de Druso —¿te acuerdas, Druso?— y alumbré al Briga. Se había quitado otra vez la camisa aquella (la usaba por gusto, no por necesidad) y alguien ponía encima de sus hombros una chaqueta militar con galones dorados. Se trataba de una puta, bichos, una que no valía lo que yo valgo y que, además, no pertenecía a El Antro. Todos somos de todos, no hay privilegios, ésa es La Ley; pero aquella pretendiente no merecía una mirada del Brigadier. Es que no era justo, bichos. Por eso le quité la chaqueta y la tiré contra ella, a ver si se atrevía a enfrentarme. A pelear con La Morocha.*

El papote traidor soy yo, ya verán por qué. Era cierto que Sibila alucinaba con rapidez. Mas el viento de los alisos le dio de lleno en el rostro y la devolvió, despejada, al ámbito del garaje en ruinas, con su humo prohibido y sus lucecitas votivas. Vi que abría otra vez los ojos y me encantó su mirada de ninfa. *Se está bien aquí, nadie nos interrumpe*, me dijo. *Claro, Sibila, ¿no recuerdas que hemos muerto hace tiempo?*, le dije. Sonrió un poquito, fumó su marijuana y bajó la cara, sumida ya en la triste sombra pertinaz. Sólo en ese instante adiviné la túnica de Cos que envolvía su cuerpo —me enloquecía su cuerpo de niña grande, escaso de vellos— y la abracé. Inmediatamente después, pero con el tiempo justo para decirme que todo estaba lleno de ofrendas y cenotafios, sucedió lo que La Morocha nos recuerda ahora: Sibila se arrodilló abriéndose la vulva y yo, como dentro de un sueño, hice lo que a gritos me pedían todos. No recuerdo más. Salvo las nubes plomizas que traían la voz del Padre.

*¿Por qué muertearía tan pronto la Sibila? No sé; hay cosas que no comprendo. Él había llegado aquí luego de cortar todo vínculo (así le dijo, creo, al mierdita este) con el mundo de afuera. Y hablando como los locos: no hay que aferrarse tanto a la vida, digo yo. Se trataba de las reglas, bichos, y las reglas se cumplen, ¿no? Para eso existen. ¡Nadie puede violentarlas y quedar impune! Me dolió aquella burla; desnudo, sobre el suelo, sin ocultar el fuego enorme, la pértiga hermosa. Pero qué infamia lo de la puta, qué infamia. Simple, bichos. Por eso pensé en rajarle la cara. No hay perdón. Yo a la policía no le tengo miedo. Él permaneció callado, observándome, sin entender las razones de mi conducta. Y menos mal que el papote este, traidorcito de quincalla, le daba en la misma costura a la Sibila, como para que no hubiera desorden ni nada. El Briga, ¿verdad que olvidó pronto el pugilato? La pretendiente se habría marchado y ya; la imagino medio pelona, con las marcas en mis uñazos. ¡Ja!, ¡atreverse conmigo! El otro*

*se fijaba en los ojos de la Sibila, que estaba a punto de vociferar aquello, ¿se acuerdan, bichos?, «¡ay coño me vengo!, ¡ay coño me vengo!»*

En eso se oyó la voz del Padre. Era él mismo, las palabras de su boca. Había aparecido, con las provisiones que necesitábamos, en la punta del corredor, más allá de la rota pared final del garaje, y avanzaba hacia nosotros articulando frases de un poderío atemorizador. Yo nunca había visto al Padre. Ella nos decía que era como los demás, sólo que un poco mayor. No sé a qué se refería. El Padre era un ser oscuro, de mandíbula extremada; ocultaba los ojos detrás de unas gafas. Avanzaba acariciando, sobre el bolsillo trasero del pantalón, el dinero que le conseguíamos en las calles. De la boca le pendía un tabaco caro y eterno...



Un día ocurrieron cosas distintas. Tres tipos empezaron a hablar. Se les veía hartos sobrios:

—Le ha metido durísimo. Se va a caer.

—Nunca se cae. La Morocha es difícil, hombres. Le gusta entalcarse.

—Se hace. En realidad es blandita para la droga; lo del Briga es demasiado. Está traqueteada, compañeros. Vean.

El último que había hablado bebió largo de su vaso y miró a la muchacha de la bandeja.

—¿Y ya no es La Morocha la *Bella Donna*? Voy a buscar canciones de Pavarotti, la música de *Giselle*...

—Cállate, tú. No hay que burlarse. *Ella* pelea por un amor, ¿entiendes?

—Oh, ella...

—Sí, *ella misma*. Respétala.

—Bien, bien, pero es el amor de un chalado esquizofrénico. No hay más que fijarse en lo que habla: que si sus dientes esto, que si sus dientes lo otro...

—Eso no vale. El tipo es taimado y recela, como buen hijito de papá. Nada más. Y todos aquí estamos también un poco esquizofrénicos, ¿eh? Para que lo sepas...

—No te duermas, Morocha —la sacudieron por un brazo algo musculoso—. ¿Por fin qué hubo con el Brigadier y la puta?

La muchacha de la bandeja apartó de un manotazo los flecos que le cosquilleaban en la frente y puso la mirada en el hablador. Éste le correspondió.

—Déjenla tranquila. A ver, Morocha, tírate un rato.

Ella alejó los ojos del sitio hacia el cual había estado mirando (sin ver) furiosamente, transida de recuerdos, y susurró:

—Pido excusas, bichos. Estoy algo rancia. Es el odio, que me mata.

—Tírate entonces. Descansa.

—Nada de eso. Voy a seguir.

—Bueno.

—Y gracias.

—De nada, Morocha. (Oye, entre tú yo yo: tienes la peluca algo caída.)

El hablador, separándose de La Morocha rápidamente, acercó su figura de guerrero a la joven de los vasos y deslizó en su oído una oración tierna y obscura. Ella le acarició la vaporosa entrepierna con súbita valentía y él ascendió por dentro de su falda de humo. Se alejaron, fajados de brazos y labios, hacia la tiniebla del laberinto. La Morocha, inexpresiva, los vio ir. Empezaba a acomodarse la peluca.



El Padre había dicho: *déjala, Calipso; es una orden*. Yo lo oí. Una voz espesa, medio asmática, llena de brumas. Llamaba a La Morocha por su verdadero nombre: *Calipso*. Ella se sobrecogió al verlo allí, atravesado por la escasísima luz del acceso al pasillo. *Déjala, Calipso; es una orden*, se oyó otra vez.

*Y yo la dejé, claro, porque no hay que desoir a un policía jefe de zona, aunque ganas no me faltaban de matarla. Alguien, sin embargo, se acercó a donde yo estaba dormida, soñando con el sexo de mi amante, y me dijo —era un mensajero ágil, revoloteador, muy afeminado— que mi cometido consistía tan sólo en hechizar a Odiseo con mi cuerpo, sus-traerlo temporalmente de aquella mujer, llevarlo a mi cama y ofrecerle la inmortalidad delante del mar, en la isla de mi corazón, hasta hacer de él un esclavo del goce.*



Al Briga, que en un par de ocasiones calmó, del pasmo a la turbación, los deseos de La Morocha, le dio por desaparecer y aparecer en una alternancia que desesperaba a todos.

(Era un hombre *demasiado* atractivo. Una ricura. «¡Majo!», le gritaron un par de veces, en la oscuridad de El Antro, unos españolitos medio andaluces de Marianao. Y no era para menos.)

Empezamos a envenenarnos de verdad, aunque poco a poco: cosa de ir perdiendo la razón a fuerza de alcoholes, polvos y pastillas.



El Padre regresó una última vez e hizo, con la mano blandamente caída sobre su pistola, aquella advertencia luminosa. Algo tenía de enigma: *ganen juntos el Cielo o el Infierno, pero juntos*.

¿Y quién iba a impedirnoslo? (Quién nos quería tanto para impedirnoslo.)



Recuerdo bien el día, que era feriado. Unos altoparlantes de la Juventud Comunista chillaban incansablemente y El Antro, refugio seguro, se llenó. (Dentro no se oía nada, lo cual era un alivio.) Dos semanas ya y el Briga, otra vez perdido, no daba la cara.

Sin embargo, al anochecer se presentó. Resuelto a conducirse como si nos

hubiéramos visto la tarde anterior. Regresaba bien vestido, impávido e inocente. Pero en compañía de la puta. A ella se le veía algo extraño y lejano en el semblante. Una luz nueva le barría los ojos. Era, creo, feliz.

Entonces me di cuenta de que ése era el día señalado porque en la placidez de La Morocha había un feo designio. Lo supe enseguida. Ella le susurró a los acólitos una orden rara, inaudible, que no tenía nada que ver con su teatral devoción por la notoriedad. Los acólitos, gentes sombrías y duras, miraron a la multitud. La hora había llegado.

Dos de ellos cerraron el paso hacia la salida. Los otros, con cierta prisa, trajeron unas bolsitas de plasma y un paquete de jeringuillas.

Nunca he sido un tipo valeroso, pero mi faca borgesiana me daba licencia de camorrista. Respiré y me bastaron tres pasos largos para llegar hasta él, convencerme de su inocencia y saber que la puta estaba grávida de su amor. *Vámonos, hay peligro*, les dije a ambos. Sibila me observaba desde una tristeza amarga, atenuada sin embargo por el último orgullo de su vida. *Desapareceremos juntos, y juntos vamos a volver*, profetizó con una sonrisa leve, su mano entre las mías. Qué sencilla manera de mezclar pasado, presente y porvenir.

Los acólitos de la puerta de salida vieron la faca y descruzaron los brazos con estupor. *Abran ahí, perros*, les dije en voz baja, de caverna. Aunque yo estaba muy nervioso, me indignaba más lo que La Morocha les iba a hacer al Briga y a la puta si no escapaban rápido de allí.

En medio de tanta confusión, al irse de El Antro, ni él ni ella entendieron lo que sucedía, lo que estaba a punto de suceder.

A mí, por venganza, me quemaron los ojos. Pero en la muerte uno tiene mucho espacio, muchas horas, y privilegios como el de revelar la verdad. Porque no es cierto que nunca hemos vivido. Vida tuvimos, bien lo sé.

Les diré a los otros que la vida nos acogió una vez, hace ya tiempo.



*Hoy van a saber, Sibila, ¿me escuchas? Esta noche es el momento de saber, niña mía, hoy. Sabrán hoy, les diré hoy, he de hablarles aún, antes de la noche y el reposo.*

*Y me agradecerán el coraje.*

*A mí, al ciego.*

*(Un astuto, ¿verdad?, hijo de Homero.)*

«Háblame, oh Musa, de aquel varón de multiforme ingenio...»



Es un crimen esconder la vulgaridad de nuestra carne bajo las flores que prodiga la pureza.



Nos descubrieron allí no mucho después. Y, al darse cuenta de que andába-

mos en algo muy peligroso, nos llevaron a casas de salud en las que, al cabo de los meses, empezamos a morir. Al final regresamos. En el final.



De día no es raro ver al Briga, su muchacha y el niño, que ya camina solo. Vienen con las flores a la boca del garaje.

Se está bien aquí. Es un sitio magnífico para la expiación y el descanso de la eternidad. El SIDA es una enfermedad extraña: dispersa a los hombres, pero reúne sus almas.



Ya asoman el céfiro y la primavera, no se debe desconfiar de los dioses.



Odiseo no era para Calipso salvo por unos instantes: aquéllos donde el goce —en el caso de ambos, un curioso usufructo de los cuerpos (digo yo),— huía en lo remoto.

Y la puta de Penélope era puta y pretendiente, sí, pero lo amaba. Y eso es al final lo que cuenta. Lo que La Morocha no puede perdonar aún, ni siquiera a sabiendas de que, en la pelea contra una mujer, tendría siempre las de perder.

Y entonces noche a noche, aquí, entre álamos, lirios y cipreses, ella reproduce la historia a su modo, con sus palabras en la linda boca amada, mientras yo intervengo con las mías en este juego infinito a decir y ocultar, a revelar y no saber. Delante de quienes, aunque han vuelto al polvo y a la nada, conocerán el final de la historia que les tocó en suerte.

Porque les voy a contar, lo he dicho.

Tenemos todo el tiempo.

El de la invención, el del recuerdo, el del sueño.

Y una buena causa es una buena causa.

En definitiva, nunca fuimos capaces de asir algo de eso que los vivos llaman, a secas, felicidad.